

alzarse en armas desde el Hanóver hasta el Tirol; los reyes de Prusia habían ido á San Petersburgo, Meca de sus esperanzas; Austria se hallaba dispuesta á todo; Inglaterra, anhelaba reconciliarse con Rusia; el mismo Sultán de Turquía hubiese seguido al Czar, pues había roto ruidosamente con Napoleón al enterarse de las traiciones fraguadas en su perjuicio en Tilsit y en Erfurt; España tenía en jaque, ella sola, á la mitad de los ejércitos del tirano, y los países sometidos, Holanda, Suiza é Italia, estaban hartos del régimen del sable. A muy poca costa, por lo tanto, habría sido fácil á Alejandro organizar una coalición capaz de arrollar cualquier resistencia, aun siendo formidable; mas su egoísmo se sobrepuso á toda otra consideración, y no queriendo renunciar á los beneficios obtenidos ni contribuir á la derrota de Austria, abrazó el partido de permanecer, en lo posible, simple espectador de la contienda. Lo primero que hizo fué rechazar hábilmente la idea de la demostración colectiva tachándola de inoportuna y peligrosa, si bien se comprometió á abogar con el mayor interés á favor de la paz; procurando apartar á Austria de sus belicosas disposiciones; y respecto á la cooperación armada, no negó su carácter obligatorio ni su conveniencia, pero tuvo cuidado de agregar que había de reducirse á bien poco, pues se encontraba en lucha con Suecia é iba á estarlo con Turquía é Inglaterra reunidas, y esto era ya mucho para un imperio exhausto, que, á mayor abundamiento, miraba de mala manera su alianza con Francia, por las cuales circunstancias podría á lo sumo concentrar un ejército de observación en las fronteras de Galitzia. El gobierno de San Petersburgo cumplió sus promesas, en parte al menos, con celo aparente. Advirtió á Prusia que debía resignarse á estar tranquila, y en lo concerniente á Austria, no accedió al matrimonio propuesto y sazónó la repulsa con graves reflexiones acerca de la conducta imprudente de la corte de Viena. Al despedir, empero, á Schwarzenberg, le tranquilizó Alejandro, diciéndole que haría cuanto pudiera «por evitar dar golpes á Austria.

Domasiado práctico para flar en otro que en sí mismo, Napoleón se había preparado á la guerra, cual si hubiese de hacerla con sus solas fuerzas. Calculaba necesitar cuatrocientos mil hombres, y como los que tenía disponibles, sin abandonar la empresa de España, eran muchos menos, llamó á los reclutas de aquel año, anticipó la quinta de mil ochocientos diez y puso en pie de guerra las reservas de mil ochocientos cinco á mil ochocientos ocho; sacó de las escuelas de Saint-Cyr y de Compiègne, de la politécnica y aun del pritaneo de la Flecha y los liceos, los jóvenes capaces de adquirir en breve tiempo suficiente instrucción militar para poder ser nombrados oficiales, y retiró de la Península Ibérica la guardia imperial y numerosos regimientos de caballería, cuyos servicios habían de ser más útiles en las extensas llanuras regadas por el Danubio que en el quebrado suelo de nuestra tierra. También recibieron orden de incorporarse al nuevo ejército algunos de los jefes más reputados que había en los de España, como, entre otros, Montbrun

y Lasalle, el mariscal Bessieres, dotado de gran valor, pero de escasa iniciativa, y Lefebvre, más apto, lo mismo que el anterior, para la ejecución que para el consejo, y que, por otra parte, hablaba alemán. De los generales franceses que guerreaban en nuestra patria, el que principalmente quería Napoleón tener á su lado era Lannes, y al fin logró satisfacer este deseo cuando capituló Zaragoza. El veinte de Febrero, los habitantes de la inmortal ciudad, después de dos meses de incesantes combates, de ser acibillados por la metralla, de defender palmo á palmo sus débiles fortificaciones, las calles y las casas, vencidos por los rigores de una horrible epidemia más que por las armas del enemigo, entregaron á Lannes un montón de escombros humeantes, que en esto se había convertido la capital de Aragón. No se recuerda ejemplo semejante de heroísmo, y si los siglos, en su carrera, sepultaran en el olvido los nombres de Marengo, de Austerlitz, de Jena, aun rompería las tinieblas del pasado, glorioso y resplandeciente, el de Zaragoza, Lannes no respetó, echando negro borrón sobre su memoria, las condiciones de la capitulación que aseguraban vidas y haciendas. A Palafox, moribundo, pues yacía en el lecho víctima de la epidemia, lo sacaron de su casa para conducirlo á Francia, donde padeció durísimo cautiverio; los prisioneros fueron maltratados y muchos fusilados, y la soldadesca cometió los más repugnantes excesos contra cosas y personas.

Desde la paz de Tilsit, Francia tenía en Alemania próximamente cien mil hombres, la mitad de ellos diseminados en las plazas del norte, los cuales se previno á Davout que reconcentrase en Bamberg. Massena recibió orden de reunir en Ulma el cuerpo de Oudinot, con las tropas de Baden, y de establecerse en Ausburgo; bávaros y wuttembergueses se pusieron bajo el mando de Lefebvre y Vandamme, y á los príncipes de la confederación se les prescribió estar arma al brazo en los límites de sus respectivos territorios. Además, Eugenio debía defender la línea del Adige, reforzado, en caso necesario, por Marmont; Poniatowski, guardar los confines de Galitzia, y Bernadotte, con los sajones, observar á Bohemia. La dirección suprema de todas las fuerzas acumuladas en Alemania dióse á Berthier á quien se advirtió que las reconcentrase en Donauwerth si el archiduque Carlos verificaba algún movimiento ofensivo.

El ejército austriaco no excedía de trescientos diez mil hombres, que se dividieron en tres cuerpos, el de Alemania, el de Italia y el de Galitzia, los cuales constaban respectivamente de ciento setenta y cinco mil, noventa y cinco mil y cuarenta mil hombres á las órdenes, el primero, del archiduque Carlos; el segundo, del archiduque Juan, y el tercero, del archiduque Fernando. Los dos lagartenientes del archiduque Juan, Jellachich y Giullag, debían operar desde luego separadamente: aquél en el Tirol; éste, en Dalmacia. Las fuerzas austriacas, aunque inferiores en número, tenían la ventaja de estar concentradas, y no se ocultó á los peritos la necesidad de aprovecharse de esta favorable circunstancia; pero el archiduque Carlos, aunque general hábil y entendido, pecaba de tímido y excési-

vamente metódico, sin contar con que el genio de Napoleón le inspiraba respeto y admiración casi supersticiosos, que paralizaban en parte sus facultades. Así es que se entretuvo en inútiles maniobras; mientras su adversario, desplegando su actividad acostumbrada, no perdía momento. La guerra estalló sin que precediese ninguna declaración. En Braunau detuvieron los austriacos á un oficial francés, que llevaba despachos de la embajada de Viena á la legación de Munich; á los pocos días, las avanzadas de Davout, yendo de Wurtzburgo á Ratisbona, violaban el territorio de Austria; y estos incidentes bastaron á trocar las demostraciones amenazadoras en francas hostilidades. El archiduque Carlos pasó el Inn; los otros dos ejércitos austriacos atravesaron también la frontera, y los embajadores, Metternich, en París, y Andreossy en Viena, pidieron sus pasaportes.

El archiduque Carlos, que estaba en condiciones de tomar la ofensiva desde el veinte de Marzo, no lo hizo hasta el diez de Abril, y con todo, aun se anticipó á los cálculos de Napoleón, quien, conociéndole, no esperaba el ataque hasta diez días más tarde. Las tropas francesas no habían concluido de efectuar su concentración: Davout se hallaba en Ratisbona, á cuarenta leguas de Ausburgo, donde estaba Massena. Dándose prisa y demostrando alguna audacia, le era fácil al archiduque aislar entre sí á los dos generales citados. Berthier corrió de Strasburgo á Donauwert; pero no atreviéndose á modificar las órdenes que anteriormente les comunicara Napoleón y no habiendo recibido otras que acababa de enviarle, nada intentó encaminado á prevenir el peligro que amenazaba á sus compatriotas. Por fortuna para éstos, los austriacos, se adelantaron con lentitud, aun proponiéndose ser diligentes. Napoleón llegó en posta á Strasburgo el día diez y siete, y sin dar tiempo al enemigo á hacerse cargo de la situación, rectificó la posición insegura de sus generales, devolvió con su sola presencia la confianza á sus tropas y se preparó á descargar sus golpes rápidos y decisivos.

Davout recibió orden de replegarse hacia Neustad, movimiento que ya él, espontáneamente había iniciado, temiendo ser cogido entre las fuerzas del general austriaco Bellegarde, que venía de Bohemia, remontando la orilla izquierda del Danubio, y las del archiduque Carlos, que, tras haber tardado una semana en recorrer la corta distancia que separa el Inn del Isar, vacilaba ahora en ir de la cuenca de este último río á la del Danubio, á través de una región cubierta de bosques, cortada por pantanos, cruzada de corrientes de agua más ó menos caudalosas, de suelo desigual, en la que había cuerpos e enemigos, cuya posición precisa y número de combatientes ignoraba. El vencedor de Auerstadt emprendió la marcha por las alturas pobladas de árboles que dominan el camino de Abach á Tengen, operación muy arriesgada porque ofrecía al archiduque Carlos probabilidades de salir á su encuentro y separarlo de Napoleón; y en efecto, el archiduque abandonó Rohr en el momento mismo de dejar Davout á Ratisbona, dirigiéndose á su vez á esta ciudad; pero en lugar de seguir la calzada del Danubio, lo que le habría per-

mitido obstruir el paso á Davout, se echó á la derecha, yendo á Ratisbona por Eglöfshheim, de manera que sólo el cuerpo mandado por Hohenzollern se tropezó, entre Saalhaupt y Tengen, con las diversiones de Saint-Hilaire y Friant. Libróse entre estas fuerzas reñido combate, de cuyas resultas Hohenzollern fué rechazado sobre Hausen y Davout realizó su unión con los bávaros el diez y nueve de Abril. En el entretanto, Massena había avanzado hasta Freising, de suerte que, al contrario de lo que antes sucediera, todos los cuerpos del ejército francés dábanse ahora la mano, al paso que los del austriaco se extendían en dilatada línea, cuyo centro estaba en Abensberg. El día veinte, Napoleón ataca este punto con los bávaros y wurtembergueses, arrolla las vanguardias del archiduque Luis y la empuja en seguida hacia Rohr, donde las espera Lannes, que completa su derrota. El archiduque Luis, que antes había recibido la acometida del general Wrede, ve con espanto que van á envolverle por la derecha y se repliega precipitadamente á Pfeffenhausen, uniéndose á Hiller, que, venido de Mainburgo, no llegó á tiempo de tomar parte en la pelea. A consecuencia de esta rápida acción, en que no combatieron sino veinticinco á treinta mil austriacos, el ejército del Archiduque quedó dividido en dos fragmentos, sin posibilidad de soldarse, merced á las falsas maniobras de su general en jefe: uno de ellos fué rechazado en desorden á Landshut, donde corría riesgo de que le aplastaran Napoleón, que le perseguía desde Pfeffenhausen, y Massena, que se acercaba por Moosburgo y la ribera del Isar, mientras el otro era impelido hacia Ratisbona. El día veintiuno, después de otro asalto todavía más impetuoso que los precedentes, Napoleón, hallándose dueño de Mandshut, que Hiller trató en vano de defender contra el ataque combinado de Lannes y Massena, consideró perdido irremisiblemente el ejército del archiduque Carlos, cuyas únicas salidas eran Ratisbona, que su adversario creía en poder de las fuerzas que allí dejara Davout, Landshut ya ocupado por los franceses, y Straubing, donde era fácil anticipársele. Sin embargo, por brillantes que fuesen las victorias obtenidas, sus resultados eran inferiores á las geniales combinaciones que las habían preparado. El ejército austriaco no estaba pulverizado, como Napoleón se apresuró á anunciar al mundo entero, y debía dar aun abundantes pruebas de vitalidad. El archiduque Carlos se había apoderado de Ratisbona, haciendo prisioneros á los franceses que la guarnecían, y asegurada con esto su retirada al otro lado del Danubio y aumentado su contingente con una división del ejército de Bohemia, acometió en los alrededores de Eckmühl con fuerzas muy superiores á Davout, encargado de contenerlo. El Emperador, después de lanzar en persecución de Hiller la caballería de Bessieres y de encomendar á parte de las tropas de Massena la custodia de Landshut se puso en marcha con el resto de su ejército para ir á apoyar á Davout, llegando á Eckmühl á las dos de la tarde. Por un capricho estratégico, que no ha sido posible explicar, el Archiduque en vez de proseguir su ataque con todos sus cuerpos reunidos, dejó únicamente en Eckmühl los de Rossenberg y